—Las órdenes del señor general están cumplidas.

—Está bien, respondió Morelos, y saludó á Bravo, que se alejó respetuosamente.

Cuando el cura se encontró solo, sacó su rosario de la bolsa, se arrodilló, y despues de rezar sus oraciones en el *Oficio Divino*, se metió en el lecho y durmió profundamente.

CAPITULO X

La gruta de Michapa.

I.

EN MEDIO de un grupo de montañas de pórfido, que se alzan como fantasmas en el corazon de la Sierra Madre, se encuentra la gruta de *Michapa*.

Cuentan las tradiciones, que aquel sitio solemnemente majestuoso, es el asilo de los génios tutelares de la montaña.

En los altos picos de las rocas se posan de continuo las nubes, formándose sobre ellas tempestades, cuyo trueno interrumpe el perenne silencio de aquellos lugares.

En el hueco de las rocas forman su nido las águilas y los buitres, y se marcan en sus estrechos senderos las pisadas del tígre y del jaguar.

Los altos pinos y gigantescos cipreses, coronan de verdura las cúspides elevadas y porfíricas de las rocas, y los manantiales producidos por las vertientes, resbalan sobre el musgo con rumor somnolento, que apénas se escucha en el silencio de la noche.

La gruta de Michapa es un lugar histórico, como lo son las Ca-

tacumbas; ella le dió asilo á los proscritos, y bajo aquellas bóvedas se elevaron plegarias ardorosas por el triunfo de la libertad americana.

. . . . . .

. . . . . .

Es de noche.

La luna está resplandeciente, y ni una nube empaña el purísimo cristal del cielo.

Las estrellas cintilan en la bóveda azulada con un fulgor bellísimo, y el viento parece dormir entre los cedros de las montañas.

Una tranquilidad apasible reina en aquellas soledades, como si fuese la primera hora de la creacion.

La luz de la luna es centellante, y sin embargo, los picos de las rocas se levantan como fantasmas envueltos en sus mortajas y coronados de cipreses.

Un ambiente impregnado de esencia acaricia las flores de las grutas, perpetuos incensarios de la montaña.

Las rosas están abiertas, y tiemblan sobre sus hojas las gotas de la lluvia, como las lágrimas de las nubes.

Todo es silencio y melancolía.

Las yedras silvestres, agrupadas á las ramas de los árboles, forman tòldos de sombra y de perfume, donde apénas penetran los rayos apasibles de la luna, que parece fija é inmóvil en el centro de los cielos.

Corren mansas las aguas plateadas de los arroyos, jugando con los visos de la luz que se refleja en sus cristales, y murmurando suavemente y deslizándose en pequeñas cascadas, que se deshacen en hilos trenzados, hasta perderse entre la profusion de hojas que se inclinan sobre su cauce.

Todo es paz y meditacion!

Aquel sitio y aquella noche son de amor: el alma pertenece á la soledad; en sus misterios se desprende esa nube del espíritu que forma el fantasma de un ensueño, la sombra de una ilusion, la imágen halagadora de un profundo cariño. . . . !

El corazon se ensancha en la soledad: parece que el estruendo y el bullicio lo oprimen. . . . el corazon es una planta del desierto: necesita estar circundado por el cielo, tener vastos horizontes y vivir en el silencio del misterio y de la abstraccion!

Las alas del alma necesitan espacio para volar; por eso cuando vive encarcelada en nuestro pecho, se deshace en suspiros y se exhala en lágrimas y sollozos.

El alma es una ave, que cuando se siente herida se remonta y quiere tocar el cielo con su pluma. . . . !

II.

En uno de los pequeños salones de la gruta, y cosiendo á la luz de un mechero, está la hija desgraciada del tio Blas.

El dolor ha dejado huellas profundas en el semblante angelical de la jóven, una sombra apacible vela sus vivísimos ojos, y la palidez de la azucena cubre su virginal semblante.

Aquella frente de serafin yace abatida como las flores de la noche, y los lábios antes purpurinos están suavemente descoloridos sus manos de alabastro, están sobre el lienzo confundiendo con él su color blanquísimo.

Son las altas horas de lo noche: la familia hospitalaria yace entregada al sueño de la proscripcion: nada se oye sino los ecos perdidos de los pinares, y el manso murmurar de la cascada.

Aquel silencio es interrumpido por un silvido dado de una manera particular.

—¡Dios mio! esclamó la jóven, es un sueño . . . no, no puede ser; y se quedó escuchando hasta que el silvo volvió á sonar.

Levantóse precipitadamente y salió de la gruta, tendió su vista buscando algun objeto á la claridad reverberante de la luna.

De entre unos matorrales saltó un hombre, y se acercó á la jóven.

—Jacinto! esclamó la huérfana.

—Hermana mia! respondió la voz del desconocido.

—Te vuelvo á ver . . . te he llorado tanto . . . aun me queda algo sobre la tierra.

—Qué dices, Luz?

—Que estoy sola en el mundo, enteramente sola!

Jacinto se pasó la mano por la sudorosa frente, no se atrevia á preguntar nada.

—Jacinto, continuó la jóven, ya no tenemos madre!

Aquel hombre encallecido en el vicio, sintió un dolor intenso: su madre lo habia amado mucho, y se sentia en aquel momento abandonado.

Por malo que fuese, pagó con sus lágrimas un tributo al amor filial; pero aquel dolor lo volvió mas sombrío aún y mas concentrado.

—Sí, dijo Luz, murió de pesadumbre cuando se encontró viuda y abandonada por tí.

—Soy un criminal! esclamó Jacinto, no merezco perdon, he asesinado á mis padres; pero yo no soy culpable . . . el destino . . . el destino! . . .

—En medio de este infortunio, te queda el cariño de tu hermana.

Jacinto besó la frente de Luz con profunda ternura.

—Sí, y tras este cariño, vengo hoy arriesgando la existencia.

—Te quedarás conmigo, no es verdad?

—No, es imposible, yo pertenezco á los soldados del rey.

—Eso no puede ser, nuestros amos, esos señores á quienes les debemos tanto, son insurgentes, tú no puedes . . .

—Es verdad, no hay remedio; pero no es tiempo ya de retroceder.

—Sabes entonces á lo que te espones en estos momentos?

—Sí, á perder la vida; y qué importa? . . . yo voy impulsado

por la conviccion de mi destino . . . tú ignoras . . . no, ya lo sabrás alguna vez . . . nuestros antepasados han sido todos infelices porque Dios lo ha querido así . . . Luz, yo tengo que realizar algo que está fuera de mi voluntad . . . esto me desespera.

—No comprendo nada de lo que dices.

—Mas tarde . . .mas tarde . . ahora es necesario que te decidas á partir conmigo.

—Y adonde me llevarás? contestó la jóven trémula de miedo.

—Marcharemos á México.

—Abandonar á mis bienhechores!

—Es preciso.

—Bien . . . les diré adios, ellos han velado por mí desde mi niñez . . . y ahora en mi orfandad! . . .

—Es necesario partir en silencio, que ellos ignoren todo.

—Imposible!

—Esos señores pertenecen á la insurgencia, y son mis enemigos, tú no puedes permanecer en esta casa ni una hora mas, á no ser que quieras verme asesinar en tu misma presencia.

—Tú no los conoces, Jacinto, ellos te aman como á un hijo.

—Pero yo los aborrezco . . . les pagaré sus favores cuando pueda, pero no quiero que tú los sigas recibiendo.

—Sería una ingratitud.

—No importa.

—En nombre de nuestra madre!

—Calla, mujer, y partamos.

—No tengo valor.

—Partamos.

—Es una crueldad horrible!

—Yo sabia la resistencia, y prometí vencerla.

—Jacinto!

—Vamos, no hay necesidad de reñir, tú ignoras mis negocios; luego te convencerás.

—Pero no besarles la mano, sin regarlas con mis lágrimas?

—Evítales ese momento; y sobre todo, no conviene que sepan que estoy aquí.

—Yo sé que nada malo te pasará.

Oyóse un ruido de pasos de hombres, que llegaban por la roca cercana.

—Demonios! los insurgentes! esclamó Jacinto rechinando los dientes, si me ven soy perdido!

—Entra en la gruta!

—Imposible!

—Entra, Jacinto!

—No, adios, mañana en este mismo sitio nos veremos, es necesario alejarse de estos lugares que son fatales para mí.

Oprimió la delicada mano de la huérfana, y se alejó perdiéndose en las sombras de los cipreses.

III.

Un destacamento de insurgentes rondaba por los contornos de la gruta, por mandato de Bravo que idolatraba á su familia.

Luz se fué al encuentro de los guerrilleros.

—Ola! señorita Luz, usted despierta á estas horas?

—Está la noche tan hermosa.

—Sí, muy linda, pero nosotros queremos descansar.

—Pasen ustedes.

—No hay novedad?

—Ninguna.

—Pues adelante, que hemos corrido como unos lobos esas montañas.

Los insurgentes penetraron en la cueva, se les sirvió de cenar y se entregaron tranquilos al sueño.

Luz estaba en vela aquella noche tan terrible para su existencia; sus lágrimas acudian en torrentes á sus párpados, y el corazon se le oprimia dolorosamente.

Entregada á la honda tristeza de sus pensamientos, no se apercibió de que un hombre se habia acercado hasta ella.

Iba á dar un grito, pero reconoció sin duda á la persona que tenia delante, y el susto se tornó en una emocion profunda de cariño.

—Don Alfonso!

—Luz de mi vida!

Piedra-Santa estrechó á su corazon á la jóven, que comenzó á sollozar con el llanto de las tórtolas.

—Tú sufres, vida mia?

—Sí, pero cuando estoy á tu lado me siento feliz.

—Gracias, Luz, gracias, tú sabes que en mi vida de infortunio y de peligros, eres el ángel de mi consuelo, la vírgen apacible de mis horas de tristeza.

—Porque te amo! esclamó la jóven, y llevó sus lábios ardientes á la frente del guerrillero.

—Yo estoy loco de amor por tí! Cuando me veo en medio de la muerte, entre el polvo del combate, nada veo mas que tu imágen que me sonrie diciéndome: lucha, pelea, yo estoy á tu lado defendiéndote con mi cariño, y yo lucho sin tregua; porque sé que me amparas, que tu espíritu vá delante de mí como la ejida del destino.

—Don Alfonso, tú le hablas á mi alma con el lenguaje del amor, tú me dices palabras que jamás habia escuchado, por eso mi alma vuela hácia tí, y mi aliento vive del tuyo, que es mi vida . . . sí, lloro, porque te amo; este cariño no tiene mas que lágrimas de ternura, ellas son el rocío de mi espíritu sobre las flores de nuestro amor . . . pensar en tí, esperar el momento en que llegas, soñar con tu imágen, ver el sol que se pone y la noche que adelanta, porque ella me trae estos momentos de infinita felicidad á mi existencia. . . . y pensar que todo esto vá á disiparse como las sombras!

—Habla, habla por compasion, esclamó agitado el insurgente, yo no he comprendido . . . no quiero comprender.

—Y sin embargo, es la realidad. . . . esta noche, don Alfonso, es la última . . . la última tal vez de nuestros amores!

—Repite . . . . repite esas palabras . . . yo estoy loco . . . ten compasion de mí!

La jóven permaneció en silencio.

—Mírame, prosiguió el insurgente arrodillándose, mírame á tus piés, tén lástima de mí, siquiera por lo mucho que me has amado!

—Mañana, dijo con acento de profunda afliccion, ya habré dejado estos lugares.

—Pero eso no puede ser.

—Nada me preguntes . . . soy muy desgraciada!

—No me desesperes, por Dios!

—Don Alfonso, el destino nos separa, y yo no puedo contrariarlo.

—Pero tú sabes que yo puedo seguirte hasta el fin del mundo, que por tí haré cuantos sacrificios estén al alcance de un hombre . . . sí, iré hasta la muerte!

—Yo voy envuelta en las sombras del destino . . . no sé donde voy, ni que será de mí!

El insurgente comenzó á pasearse á grandes pasos, su cerebro se fundia en un torrente de fuego, sus pensamientos se extraviaban delante del misterio de aquella mujer.

Detúvose repentinamente delante de Luz, cruzó los brazos sobre su pecho, y arrancando un acento lúgubre y sombrío, dijo á la jóven:

—Soy un hombre engañado!

Luz no contestó, las palabras se habian detenido en su garganta.

—Por qué haberme hecho soñar un porvenir donde solo encontraba la ingratitud!

—Eres injusto conmigo . . . no sabes que el dolor está haciendo pedazos mi corazon, y que mi alma está devorada por la angustia.

—Entónces por qué atormentarnos?

—Pues bien, tú sabes que soy huérfana, sin mas abrigo que esta noble y generosa familia . . . hace un momento que mi hermano, á quien lloraba muerto, se ha presentado aquí, y . . .

—Comprendo lo horrible de mi suerte!

—No, es mas horrible todavia; mi hermano, por no sé qué circunstancia se ha filiado con los realistas: esto arroja entre nosotros su ódio y su resentimiento.

—Y qué importa si tú me amas?

—Para mí nada, para él todo.

—Dime adonde está tu hermano? quiero verle, hablarle, decirle que te amo y que seré tu esposo.

—Mañana en este sitio le encontrarás, es mi última esperanza.

—El consentirá . . .

—Nunca! esclamó una voz que resonó con el tímbre de la desesperacion y de la venganza.

—Mi hermano! dijo la jóven, y cayó sin sentido á los piés de don Alfonso.

—Caballero, dijo el insurgente, ya lo ha oido usted, su hermana me ama, y yo deseo ser su esposo.

—Yo he jurado eterna guerra á los insurgentes: entre nosotros no puede haber sino sangre.

—Nuestra personalidad puede ser una escepcion.

—No, por mi vida! seria necesario que usted me matase para lograr su objeto.

—Es que á mí no me anima ese rencor.

—La sangre de mi padre necesita venganza.

—Los realistas lo asesinaron.

—Usted no puede comprender ese misterio, y á mí me importa reservarle.

—Y si yo me opusiera á que usted se llevara á Luz?

—Entónces te mataria, dijo Jacinto, y sin dar tiempo á don Alfonso de defenderse, le tiró un pistoletazo á quema ropa.

El insurgente vaciló un instante, y cayó despues revolcándose en su sangre.

Jacinto tomó en sus brazos á Luz, y desapareció en la fragosidad de la montaña.

CAPITULO XI.

De la conspiracion tramada contra su Excelencia el virey Don Francisco Javier Venegas.

I.

Nos trasladamos á la nobilísima ciudad de México, y estamos en el 2 de Agosto del año de gracia de 1811.

En uno de los callejones mas apartados de la ciudad, que lleva por nombre *La Polilla*, y está situado en la parte Sur de la poblacion, estaba la casa de don Antonio Rodriguez Dongo, donde se recibia esa noche memorable á los conjurados.

Fray Juan Nepomuceno Castro y otros dos hermanos de la órden estaban en la junta, el licenciado don Antonio Ferrer, alma de aquella conspiracion, un cabo del regimiento del Comercio, Ignacio Cataño, y otra porcion de individuos que se registran en las páginas del célebre proceso.

Luego que todos los conjurados se encontraron reunidos, fray Juan tomó un Crucifijo, y recibió juramento de no revelar ni una sola palabra de cuanto iba á pasar en la sesion.

Todos juraron silencio.

El licenciado Ferrer tomó la palabra: